

Un frío sudor recorrió todo mi cuerpo al oír el atronar de los cascos de los caballos; “los gabachos” le grité a mi madre desde el zaguán. El sol se desplazaba en lo alto advirtiendo el transcurrir del 22 de julio de 1810 y mi querida España se hallaba bajo el águila Napoleónica.

Como si un vertiginoso espíritu me empujara, subí a la solana para contemplar a qué razón debía el pueblo de Peñaranda su visita, aunque no auguraban nada bueno: tributos, contribuciones, esquiladoras del escaso pan que llegaba a nuestras bocas. ¿No quedaba otra alternativa a proceder como tímidos corderitos prestos a sufrir un sacrificio colectivo? Sí, sí que la había. Mi padre, Miguel Delgado, natural de Casanova y residente en esta villa, hacía tiempo que vivía bajo el olor a enebro y tomillo del monte de la Vid junto a otros renegados, ansiosos de dar libertad a nuestra tierra luchando en estratégicas escaramuzas a la vera del Duero. Su rebeldía me la había ido contagiando cuando retornaba a casa y nos contaba al calor de la chimenea, los abusos, escarnios y destrozos franceses y cómo la guerrilla actuaba igualmente sin piedad. Una extraña intuición, mi santo protector quizás, me hacía mirar con melancolía aquellos dulces momentos... acaso porque sólo volverían a reproducirse en mi recuerdo.

Salí de mi casa con dirección a la botica para ver a mi amigo Matías Jimeno y comprar un tarro de flor de saúco. Cuando volví, una imagen me causó que el aire se hiciera irrespirable: las arcas volcadas, el escaparate con San Antón destrozado, los baúles con toda la ropa esparcida... y al fondo de la alcoba mi hermano pequeño de apenas siete años bañado en lágrimas. Entrecortadamente me explicó que al verle vestido con los despojos de un uniforme francés de los que acumulaba mi padre a modo de trofeo, los franchutes habían registrado toda la casa hallando más restos de uniformes manchados de sangre, lo cuál desvelaba nuestra condición de insurgentes. Su respuesta, al no encontrar a nadie en mi hogar potencial de ser un brigante (así llamaban a los soldados de guerrilla) fue apresar a mi madre, interrogarla, vejlarla y tratarla igual que una fulana, según nos contó cuando la dejaron en libertad al tiempo de su marcha. ¡Pobrecilla, cuánto sufriría!

Al atardecer, todo el pueblo sabía lo acontecido cubriendo el seco ambiente del cereal antes de recoger el grano, con una neblina de temor e inseguridad, pensando que los franceses volverían y las represalias serían terribles; por nuestras cabezas sobrevolaba que en Enero de 1809 habían incendiado la villa de Ciruelos de Cervera. No pocos fueron los que acudieron al convento a orar a nuestra venerada madre la Virgen del

Carmen, demandando su halo espiritual de protección. Yo necesitaba ver a la que iba a ser mi esposa (estábamos apalabrados ya). Seguro que Paula amainaba el fuerte temporal que discurría por mi ser, con su canto de sirena, sus manos de terciopelo y su cuerpo de Venus. Subimos la ladera del castillo para divisar las luminarias festivas de la noche de San Juan (cuya carga supersticiosa embriagaba aún más nuestros temores) y acurrucados sobre la sombra que hacía la luna llena de la torre del homenaje, comenzamos nuestro ritual de caricias y detalles románticos. Recuerdo una de sus frases como si fuera hoy: "Joseph, no soportaría el dolor de perderte; no me imagino la vida sin ti". Yo le regalé una sonrisa tranquilizadora, aunque mis pensamientos se tornaban pesimistas como un nublado; por ello mismo me prendí de cada segundo transcurrido a su lado con el fin de que su recuerdo me sirviera de bálsamo si ocurría alguna desgracia. Muy de madrugada y todavía acompañados por el canto de los grillos, decidimos partir a nuestras moradas.

Antes de cruzar el portalón, el relinchar de un caballo llamó mi curiosidad, no sería ...mi padre! Alertado, corrí a ponerle al corriente del peligro que corría. Tras conocerlo, se echó un buen trago del pellejo, me miró con su tez oscura y ajada del cansancio y me dijo: "Estate tranquilo. Al atardecer pasarán por aquí Casimiro (apodado así por haber perdido un ojo en una emboscada) y Capellán con sus cuadrillas camino de la sierra de Covarrubias y enseñaremos a esos perros el coraje de nuestro pueblo. Sin embargo, los refuerzos nunca llegarían sabe Dios por qué.

Yo estaba seguro de que la tormenta se desencadenaría antes y así fue: de madrugada retornó la partida, cercaron el pueblo, capturaron a mi padre y dieron orden de que todos los vecinos se presentaran en la plaza dejando sus casa abiertas para registrarlas. Su búsqueda no fue en balde, aparte de los saqueos, destrozos y apropiaciones que acostumbraban, hallaron el caballo así como los cuchillos y una escopeta del compañero incansable de mi padre, el Cordobés, aunque a diferencia de mi padre fue previsor y se ocultó en el pozo del patio del Hospital de la Piedad izado por una cuerda.

Arremolinados en frente del majestuoso palacio de los Avellaneda, el pueblo irradiaba una incontenible rabia a punto de estallar como si de un polvorín se tratara ante la imagen de mi padre maniatado, pero esto no les era suficiente. Mientras el gallo profería su canto vespertino, el comandante dio orden de que si en dos horas no aparecía el brigante desaparecido, fusilarían a mi padre. Eran las diez.

Abrazado a mi sollozante madre y mi hermanito, sabía que el destino fatídico de mi padre estaba marcado, apareciera o no el Cordobés. Por lo demás, el pueblo español no conocía el significado de traicionar, delatar, y sabía que merecía la pena sacrificar su vida en beneficio de los demás. Ante este panorama, numerosas voces comenzaron a atizar la voz del levantamiento: “Viva Fernando VII”, “Gloria a Dios y nuestra patria”, “Muerte a los invasores, Santiago y cierra España”...aunque e ver como un anciano caía malherido al suelo golpeado con el culo de una bayoneta por escupirles, fue el detonante que sirvió para queme hirviera la sangre y pensara al tiempo que sacaba mi pequeña navaja “a destajo con ellos, ahora o nunca”. En el momento en el que me iba a abalanzar sobre ellos, un rayo de luz a modo de mensaje divino brilló en los angelotes que flanqueaban la fachada del palacio frenando en seco mi arrebató. Si nos levantábamos...¡cuántos niños caerían cortándose de raíz sus cortas vidas, sus sueños infantiles, la grandeza de su inocencia!. La impotencia calaba cada surco de mi piel.

A las doce poco más o menos, llegó el párroco y le dieron los santos sacramentos. Mi padre no flojeó un instante; es más, nos dedicaba su mejor sonrisa esperando la muerte como si del buen ladrón se tratara. Una fila, silencio, sonido de tambores, una salva de truenos, el relinchar de un caballo, humo cegador, el graznido de un cuervo, rojo, un ángel caído... firmaron el final. No contentos con eso, colgaron el cuerpo en las almenas de la torre del homenaje del castillo a modo de distinción disuasoria de los revolucionarios. Zarandeado por el viento, se convirtió en el estandarte heroico de nuestra comarca y en lugar de disuadir, espoleó a almas indecisas a echarse al monte y luchar hasta la muerte por defender sus costumbres, sus ideales, su dignidad. A menudo le veía entre sueños y me susurraba: “Hijo, tu corazón es libre, no dejes que te lo arrebaten”epitafio que siempre llevé en lo más profundo de mi interior. A los tres días le bajaron por excusar alguna corrupción en el pueblo y le dimos cristiana sepultura en el recién estrenado campo santo.

Transcurrido un corto espacio de tiempo, mi madre se casó en segundas nupcias y yo, libre de sustentar a mi familia, abandoné el pueblo junto a Paula, el Cordobés y otros valientes con destino a unirnos a la guerrilla que daba feroces zarpazos a los convoyes franceses, viviendo como águilas en las escarpadas peñas de Cervera. Cada vez que empuñaba la escopeta sentía que el espíritu de mi padre cabalgaba conmigo y con la fierecilla de mi mujer. El monte nos hizo más rudos, más salvajes, pero también más apasionados, más apegados a lo nuestro y sobre todo, gozosos de una libertad que gritábamos a los cuatro vientos.

Hoy, ya salvados del yugo francés, a mis cincuenta años poco más o menos y esperando la muerte que es cosa natural a toda criatura viviente, acabé de escribir lo acontecido para que la inmolación de un valiente no se perdiera en el olvido.

Peñaranda de Duero, a 23 de junio de 1837, Dios guarde nuestra historia muchos años.

A la memoria de Miguel Delgado

* Corto histórico narrado por Eduardo Vicario Fernández.